

Documentos

Si todo lo que tiene ser es el fragmento de un orden, solo en el ser donde la palabra se da, ocultándose y actualizándose al par, el orden (se da) en su integridad. Mas no basta para el hombre que sea simplemente así.

Existe el que goza de la palabra, posesionándose de ella, poseído de ella, que acaba por ser, inevitablemente, poseído por ella, enajenado de la palabra, fatalmente.

Pues en todo posesionarse de una criatura cae en inevitable “posesión” el que lo hace, que tal es la naturaleza del apetito de poseer, el más ambiguo y dado a invertirse de los movimientos del alma. Basta seguirlo para ser un poseso de lo que se pretende poseer.

Y la palabra es criatura, ella también, y ella entre todas. Criatura ante todo por depositaria del soplo de la creación, cuerpo el más diáfano del creador aliento, del soplo que transciende. La que no se recoge, si se suelta, pero que puede volver si solo se la ha dejado pasar y aún más si se la ha dejado que se pierda yéndose lejos sin querer darle alcance.

Pues que se va y se oculta la palabra por virtud de situaciones y de circunstancias explicables. Y también inexplicablemente, porque sí. El sí de la palabra que es su gracia —el don de la palabra— que se le retira a alguien, dejándole, eso sí, un silencio que le pertenece. El silencio de la palabra desconocida, o sin reconocer, el silencio de la promesa, de la promesa que anida desde un principio en el corazón de la palabra primera. El centro de la palabra.

Existe así el privado de la palabra que llega a sentirse abandonado de ella, por mor de ciertas circunstancias, de destino. El que tiene que callar para que algo no se pierda, el despedido de una sociedad o de una clase, enamorado no oído y que aún espera; el expatriado. Como el idiota llevan la palabra dentro, la palabra del amor. Y en esta privación de amor, hay una palabra, una, desconocida, que ni siquiera se espera. Se la sabe como don del abandono. En el abandono puro, más allá de la nostalgia, como el idiota va. Prometido de la palabra.

El abandonado de la palabra, de la que es escuchada, de la que circula y es tenida en cuenta, se queda solo con la palabra que es promesa que va cuajándose en silencio, como un alba interminable. Y si llega un día a recobrar la palabra, la que se dice dirigida a alguien, la que aspira a resonancia y eco, la palabra vehículo de intención, no la recobrará nunca del todo en esa su intencionalidad. Será una palabra más dada que intencionada, y aún que intencional. Emparentada de cerca con la palabra que se da en el instante antes de morir al que no es sorprendido por la muerte, al que no la huye ni la busca en ese movimiento pendular tan aparente, pues quien lo sigue está imantado por la muerte, sujeto en su campo magnético. Y su palabra es esclava de la venganza.

Morir es consumir el abandono. Es un proceso que puede ser largo, un ir muriendo, recobrando a medida en que se da la palabra. Mas no se da de este tan completo modo porque ahora ya se quiera y antes no se haya querido, sino en virtud de una inédita libertad en que el amor al fin se encuentra. La palabra entonces es dada; nace por darse, dándose sin

más, sin anhelo casi; casi sin aliento. Y se diga lo que se diga no es lo mismo, pues que está dicho de otra manera. Porque el decir pertenece a alguien, alguien que avanza, que se adelanta a decir, mientras que aquí el que dice se retira dándose, dos contrarios movimientos que al fin se identifican, como en la danza la inmovilidad y el movimiento.

Si se recobran las palabras en este morir serán las palabras transfiguradas, pues que siendo provenientes de la más honda interioridad son recibidas. Habiéndose borrado de ellas el carácter de comunicación, esa su función comunicativa que sólo tiene sentido cuando existen dos términos, el que habla y aquel a quien va dirigida, sea uno, o varios, o todos, teniendo así que vencer una distancia y cuando menos, la que se extiende entre uno y otro sujeto, colmada a veces de ignorancia y de sus derivaciones.

La palabra comunicativa parte como una flecha que lleva una dirección con su correspondiente carga de violencia. En casos felices, se mueve atraída por un alguien que la espera, por una necesidad en acto, hambre o sed de esa palabra. Mas siempre permanece la distancia y aún la diferencia de nivel, que llega a invertirse cuando el que escucha, el necesitado, tiene no sólo hambre de palabra, sino avidez, despierto apetito de consumirla. Y todo el que alguna vez en su vida se haya encontrado hablando a un auditorio formado por hambrientos de la palabra, sabe de esa imposibilidad de hablar que sobreviene y que sólo se sobrepasa con un "non sum dignus". Y ya entonces puede suceder que la palabra brote en el que habla sin que él la sienta suya, sin que se sienta a sí mismo como sujeto del hablar, sino más bien como el lugar

donde la palabra se forma. Y si termina de hablar cansado, no es su garganta, es su oído el que le duele por la fatiga. La comunicación entonces parece haberse cumplido por la perfecta igualdad que se establece entre el que habla y el que escucha. A algunos escritores ha debido de pasarles eso al escribir la última palabra que ellos no sabían fuera la última, "puesto ya el pie en el estribo". Pero más que esperando, viendo como cosa obvia que entonces y sólo entonces iban a empezar a escribir de verdad, estremecidos un tanto, eso sí, por el temor de no ser digno. Un temor, el único, que produce una total confianza.

Y ni tan siquiera la palabra común, la que expresa y comunica, puede cumplirse en su forma más cotidiana, si no se ha producido en el que habla un instante de suspensión. Si no se le ha cortado alguna vez de verdad la palabra, dejándole privado de ese báculo en que la palabra se convierte cuando solamente se la usa. De ese poder compensatorio de tanta debilidad que da el uso de la palabra. Un engañoso poder que hace creerse al que no ha sufrido su privación el estar para siempre instalado en la vida y aún el instalarse propiamente en toda ella como su enajenado dueño. El desposeído del silencio que no ha podido sentir ni un instante que de la palabra no es digno.

Mas cuando en el extremo abandono se pierde el sujeto del decir, cuando del decir se están yendo el dueño, se presenta ella sola, guarda, custodia, como sustancia en estado naciente, la palabra de vida.

María Zambrano
Roma, 25 de marzo de 1962

Documentos

La palabra

El interior humano no sería sentido como ese lugar más que vivo, viviente, si de él no se escapara aleteante la palabra. La palabra que tiene el poder de atravesar esa fijeza que, por movable que sea, el rostro resulta ser la máscara que el hombre lleva, y que queda detrás de la palabra. Y así la palabra que revela el interior humano al propio tiempo reduce a máscara su rostro, su figura.

La palabra que es una, por su unidad revela una primera dualidad en el hombre, pues que sale como de un centro remoto y convierte en máscara el rostro humano. La “persona” es la máscara de la palabra, la máscara parlante. Cosa o suceso que desrealiza más bien al ser humano, que queda en tantos momentos en simple portador de la palabra, de una palabra que hasta puede serle extraña, que puede provenir de más allá o de más acá, de otro lugar. Un mensajero o un profeta, en los dos casos sacrificado a la palabra y aún consumido por ella. O, por lo menos, un servidor que acepta el serlo o que ignora que lo está siendo. Por su unidad la palabra muestra la dualidad del hombre, el parlante –“Mérope”, parlante, es una de las designaciones que da al hombre la lengua griega, la fuente más viva y próxima a la que en nuestra tradición podemos recurrir para saber algo acerca del verbo en el hombre.

Mas la palabra no sólo tiene unidad, sino que ha de tener vida. Una vida suya o que por ella cobra cuerpo, acción. El parlante es profeta en una escala de grados muy diversos ciertamente: profeta en sentido estricto es la persona que la palabra divina hace resonar, tomando de ella el vacío, y su voz y su figura humana. Y así no es tan impar el caso del profeta que se resiste, que opone una resistencia venida de su naturaleza propia. Y una parte al menos de la violencia que acompaña a la voz y aún a la presencia del profeta se debe a esta resistencia, ya que la violencia es siempre signo de división, de una división interna en quien la manifiesta antes aún que entre él y aquellos contra quienes va dirigida. Y la dualidad en el caso del profeta llega hasta el extremo confín: ser nada más que un hombre y hablar con palabras divinas. La dualidad es desgarramiento que ha de sumir al profeta, como en efecto es ostensible en algunos casos, en el polvo, como si apurara al mismo tiempo que sirve de vehículo al verbo divino, la miseria de la condición humana y mientras su voz se eleva por encima de la de cualquier voz humana por alta que suene, su ser, ese que tiene un nombre, cayera más bajo que hombre alguno en torno suyo y la mancha del mal le fuese grabada más ostensiblemente que a los demás, resultando así tan fácil para quienes le rodean verlo como el manchado entre todos y disponerse a lapidarlo, como en una o en otra forma siempre se hace.

Documentos

La palabra y el silencio

I

La palabra inicial

La palabra que es signo de unidad y unidad ella misma de ser y vida, manifiesta y aun crea la dualidad en el ser humano. Pues que llega como un mensajero desde un centro remoto, y manifiesta con su presencia la máscara a través de la cual su cuerpo alado se concentra para escapar. Y hay un instante de detención, tránsito entre la palabra naciente y la palabra nacida, un solo instante de detención cobra aliento y por él un cuerpo sensorial. Como si ella también y más puramente que nada hubiera de encarnarse, más bien, de corporeizarse, deteniéndose para ello en su transitar. En ese su transitar que luego prosigue, escindiéndose así en algo que prosigue invisible –su destino– y en algo que queda, algo que se ha fijado y hecho cuerpo.

Queda pues el hombre tras de su palabra puesto de manifiesto en una dualidad que se hace visible justamente porque por un momento ha sido unida al ser transcendida. Pues que la unidad viva transciende siempre aquello por donde pasa.

Y así el animal, por carecer de palabra, aparece como más unitario que el hombre, coin-

cidente consigo mismo, ser encerrado en sí mismo como un simple cuerpo del que alcanza a asomarse con su mirada al universo, a un universo que lo sostiene y al par lo rechaza, según parece sea la ley primera a que está sometido todo ser dentro de la realidad.

Mirado desde afuera, objetivamente, el animal parece ser un signo. Y para él, a su vez, signos deben de ser los seres y las cosas; su medio ha de estar constituido por un sistema de señales, de indicaciones elementales para un ser vivo, tal como “cerrado”, “abierto”; algo que atrae o algo que rechaza, la larva del amor y el terror siempre dispuesta a sobrecogerle. Su modo de estar se desarrolla en una escala de diversos grados de sobrecogimiento que va desde la fijeza ante el estímulo, es decir, la total dependencia ante el estímulo –el grado mínimo– y el terror –grado máximo– que puede llegar hasta la anulación de todas sus potencias. Y cuando ningún estímulo lo sobrecoge, cae en el sueño, se sumerge en esa unificación del organismo que es el dormir y sus sueños –pues que está probado que algunos animales los tienen– son también sobrecogedores como lo son los humanos en el nivel inferior, en los sueños meramente de la psique. Pues que la “psique” en sentido moderno es lo natural que en el hom-

bre hay, el campo donde la atención se despierta dirigida siempre en un sentido trascendente, es decir, hacia la captación de la realidad en cuanto tal.

Y así la figura del animal no se constituye en persona, por tanto en máscara, aunque haya sido usada originariamente y con preferencia a ninguna otra figura como máscara humana. Uso que deja ver el anhelo del hombre de aparecer, él también, como signo, el anhelo de fundirse en la unidad de un ser que por sí mismo "dice" algo o que si lo dice es solamente lo que a ese algo conviene, lo que de ese algo dimana, para esconderse sin desmentirse, sin desdecirse.

La presencia del animal se nos muestra así más entera que la del hombre y dispuesta a la vez para entrar en un sistema –indefinido– de signos. Presencia que trae ya el primer alfabeto, un alfabeto sagrado, viviente. Pues que el lenguaje sagrado lo es por estar o ser del todo vivo; una vida propia, no adquirida por el uso que de él se haga.

Y este primer alfabeto concreto, vivo, que la presencia del animal ofrece es ante todo no expresión, como podría creerse, sino conexión; la explicitación enigmática, la procesión del orden y conexión inexorable entre los seres; su sintaxis primaria.

Y cuando se hace ostensible este orden de signos primarios, ellos, los seres vivientes que lo ofrecen, muestran su autonomía relativa como desprendidos de un centro remoto y unitario, como fragmentos de una órbita o como constelaciones que aluden a otras no todavía visibles. Es el lenguaje ofrecido al hombre por el animal sin máscara ni división interior, exterioridad e interioridad a la vez, lenguaje enteramente objetivo y viviente al par. El primer lenguaje, sagrado, apenas diferente de la danza, del rito. Como la danza presencia visible dentro de un ritmo; como el rito, operante de inmediata eficacia, portador de un sentido que atraviesa todos los planos del ser y

que pide aun antes que ser entendido, ser ante todo recibido.

Y así el primer lenguaje está formado por figuras a modo de improntas directas dejadas por un ser, como el animal –ciertos animales– cuya significación cumplida, por entera, sigue siendo enigmática. Una figura sin máscara aceptada como un valor absoluto dentro de sus propios límites. Es decir, como una figura del ser.

Ya que es el ser lo primero que el hombre encuentra antes de haberlo buscado ni "descubierto", lo encuentra de muchas maneras, remoto e inaccesible, más allá de la vida y planeando sobre ella. Y en modo inmediato en estas figuras cargadas de significado y de sentido, palabra inicial, ser y vida.

Figuras irrenunciables bajo y entre las que el hombre se encuentra, que se le aparecen al modo de los dioses.

Nace así el primer lenguaje propiamente tal; un lenguaje objetivo, hermético, sacro y en cierto modo, inaccesible. Pues que todo lo sacro para resultar accesible requiere una actitud adecuada del ser que con ello trata. Una actitud de receptividad, de activo abandono, una entrega sostenida, asistida por la conciencia –pues que del hombre se trata– mas no obnubilada por ella, por esos prejuicios que la conciencia no siempre disuelve.

Ya que no es posible tratar adecuadamente con lo sacro sin participar de ello, de su carácter específicamente sagrado. Y de ahí los ritos que acompañan a este trato, que en algunos casos se limitan, sin perder por ello su eficacia, a una acción íntima que transcurre solamente dentro de la interioridad del sujeto en cuestión y aún podríamos añadir que estas acciones pueden cumplirse sin que la conciencia preste una total atención, ni mucho menos las dirija. Así pues, usar –o emplear o percibir– este lenguaje sagrado es ya participar de él, de su esencia y de sus figuras (palabras o pre-palabras). Usar este lenguaje es contaminarse o pu-

rificarse. La palabra tiene entonces el poder análogo al de las figuras de los dioses de purificar y, análogamente a los demonios, de destruir o de manchar. Por ello, ciertas palabras no pueden ser pronunciadas ni ser mostradas a la vista de todos ni para todos los hombres. Se accede a ellas por un grado de iniciación.

Como los dioses estas palabras iniciales se vierten en su propia presencia, que aparece así como un don, un don que viene de lejos, a veces de un fondo oscuro y en este caso como una luz que se hace y se renueva, algo diferente a la presencia de algo que está ahí, estabilizado, inerte y que para que aliente es preciso reavivar. Estas palabras, como las figuras de los dioses cuando en ellos se creía, son “ikonos”, formas esenciales, “eidos”, en verdad. El jeroglífico –pues que de él se trata– es lo más distante de la máscara con su interior vacío, en su lugar tiene una entraña viviente: es la figura que se manifiesta, que se hace visible desde adentro y por ello mismo es palabra. Lenguaje interior y plástico al mismo tiempo. Y signo musical, pues

quien los leyera adecuadamente habría de irlos pronunciando en su modo y tonalidad justa (añadido a mano y al margen): en su totalidad y en sus diferentes partes con una justeza matemática. Esa justeza que todo lenguaje necesita para hacer y para hacerse justicia a la par, ya que lo uno no va sin lo otro y la justicia, según es sabido, es el modo supremo humano del orden y de la conexión; acción y conocimiento cumplidos. Orden y conexión que se muestran ya en el jeroglífico, articulación de figura y de sonido. Palabra total, cuerpo y voz unidos diáfananamente, ritmo corporeizado y figurado. Pero número, medida.

Si todos los seres y aun las cosas se diafanizaran, manifestando el ritmo que las constituye, exteriorizándose en la luz, serían palabras. Y con ello la justicia que reclama cada cosa, y la justicia por que clama todo ser, sería sin más establecida.

María Zambrano
La Pièce, 20 de febrero de 1966